

10. TEMOR SALUDABLE Y CONFIANZA.—En el momento de la muerte de Jesús *tembló la tierra y se abrieron las peñas* (1). ¿Y por qué? Oigamos á San Hilario, que nos da la razón diciendo: «La tierra, aunque criatura insensible, parece como si presintiera que habian de colocar en su seno á Jesucristo, y cual si se considerara indigna de recibirle, tiembla y se abre. Tiembla por su indignidad, se abre por su espontaneidad, es decir, por su deseo de recibirle. ¡Hasta las criaturas materiales nos enseñan! ¿Cabe imaginar que nuestros corazones, en aquellos supremos instantes de la Comunión, sean más insensibles que las duras rocas?»

Cuando el emperador Lotario II iba á comulgar, se despojaba de las vestiduras imperiales, ceñido de una sencilla túnica, con los pies descalzos y en actitud humilde se acercaba á la sagrada Mesa, postrándose hasta tocar con su frente al suelo desde el momento en que el sacerdote abría la puerta del sagrario. Como sus cortesanos le dijeran que era mejor que, imitando el ejemplo de sus antecesores, recibiera la Eucaristía con el traje y adornos de su alta dignidad, dando con ello más realce al acto, el piadoso monarca respondió: «Bien hacían ellos en obrar así, lo juzgaban oportuno; por lo que á mí toca, mientras Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, oculte toda su gloria, majestad y grandeza en la sagrada Hostia, nunca, al acercarme yo á recibirle, seré el Emperador de Alemania.» (*Boletín domin.*, Octubre, 1885.)

11. Si *el Señor bendice á todos los que le temen* (2), ¿cuánto más á los que juntamente le amen? ¿Y qué diremos de los que al mismo tiempo le reciban? Al acercarnos á la sagrada Mesa hemos de temer con *temor filial*, por si no estamos bien preparados, á semejanza del Apóstol, cuando decía: *De nada me arguye mi conciencia, mas no por eso me considero justificado* (3); pero temor sin angustias y lleno de dulce *confianza*, superando ésta á aquél, porque quien viene á nosotros no es un tirano feroz, sino un Rey amoroso, un Rey lleno de dulzura, manso y paciente (4). Es un Dios, pero Dios Cordero, Dios bondadoso, que viene, no á castigarnos, sino á abrazarnos y á santificarnos. Es un Padre, un Amigo, un Redentor, un Médico, un Salvador. ¿Por qué nos hemos de angustiar? Si somos mi-

(1) Terra mota est, et petrae scissae sunt. (Matth., XXVII, 51.)

(2) Benedixit omnibus qui timent Dominum. (Psal. CXIII, 13.)

(3) Nihil mihi conscius sum; sed in hoc non justificatus sum. (I Cor., IV, 4)

(4) Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus. (Matth., XXI, 5.)

serables; El es misericordioso; si somos indignos, uniéndonos á El seremos dignos; si el *temor* nos estremece, la *confianza* nos regocija.

«¡Oh Amor! ¡Aquí está mi Amor, viene á verme el que hace las delicias de mi alma! Dadme pronto á mi Amor.»—Esto dijo San Felipe Neri cuando le llevaron el santo Viático, y esto hemos de pensar nosotros siempre que comulgemos.

12. ACCIÓN DE GRACIAS.—Pero viniendo ya al acto humilde de mostrarnos agradecidos á Dios después de haber comulgado, decimos que nada hay más razonable, nada más justo y debido, nada más provechoso para nosotros.

Cuando el Señor Dios mandó que fuera construida el Arca del Antiguo Testamento, no ordenó que fueran conservadas en ella ni el agua que milagrosamente brotó de la peña, ni las codornices que alimentaron al pueblo de Israel, sino únicamente *el maná*. ¿Cuál fué la causa? El docto Mansi (Disc. 48, n. 8) la expone con sencillez, diciendo: «El maná era figura del Pan eucarístico, y quiso el Señor que se guardara y tuviera en memoria, para significarnos que aun suponiendo que todos los beneficios divinos se borrarán de nuestra mente, nunca jamás habíamos de olvidar el beneficio de los beneficios de Dios, que fué darnos á su Hijo unigénito sacramentado, para alimento cotidiano de nuestras almas.» Es decir, que hemos de llevar siempre indeleble en nuestra memoria el don inmenso de la divina Eucaristía, y que jamás ha de ser omitida *la acción de gracias* después de recibirla. El traidor Judas fué el único que, ingrato, salió del Cenáculo antes de dar gracias, y traidores como él se muestran todos aquellos que, acabando de comulgar, vuelven la espalda al Sagrario y salen del templo sin decir siquiera: *Señor, muchas gracias*.

13. El Padre Baltasar Alvarez, citado por Salmerón (tomo IX, tract. 40), solía decir que era necedad extremada desperdiciar después de la Comunión aquellos preciosos momentos en los cuales poseemos dentro de nosotros al mismo Hijo de Dios; ¿pues qué gracia pediremos entonces que no sea extraordinariamente concedida? Cuando Temístocles, desterrado de Grecia, fué á refugiarse al palacio de Artajerjes, rey de Persia, fué tanto el regocijo de este Rey por tener en su casa á huésped tan ilustre, que se levantó tres veces durante la noche exclamando lleno de alegría: *¡Tengo conmigo á Temístocles! ¡Tengo á Temístocles!* Pues ¿cuánto más nosotros debemos alegrarnos cuando después de haber comulgado, podemos decir con toda verdad: *¡Tengo conmigo á Jesús! ¡Tengo á Jesús, Rey de cielos y tierra, que mora en mi corazón, y que*

me colmará de toda suerte de bienes! ¿Qué pediré que no me sea concedido?

Estaos de buena gana con El—decía á sus hijas la Seráfica Madre Teresa de Jesús:—no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad que éste es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho al buen Jesús, que le tengáis compañía. Procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es: no os dejará de enseñar, aunque no lo entendáis; que si luego lleváis el pensamiento á otra parte, y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quién está dentro de vos, no os quejéis sino de vos... Pues si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de nosotros, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje. (*Cam., de perf.*, cap. XXXIV, número 7 y 8.)

Un sacerdote—refiere el venerable cura de Ars—rogaba al Señor por un amigo suyo difunto, que estaba en el purgatorio, según Dios le había dado á entender. Ocurrióle el pensamiento de que nada mejor podría hacer en su obsequio, que ofrecer por su ánima el Santo Sacrificio. Con efecto, hizolo así, y cuando ya hubo consagrado, tomando la santa Hostia en sus manos, elevó los ojos al cielo y dijo: «Padre santo y eterno, escuchadme; Vos tenéis en el purgatorio el alma de mi amigo, y yo tengo aquí el Cuerpo adorable de vuestro divino Hijo; librad aquella alma de sus penas, y en cambio yo os ofrezco esta sagrada Víctima, con todos los méritos de su pasión y muerte.» ¡Petición fué ésta que instantáneamente fué escuchada, pues, ¡oh prodigio! al alzar la santa Hostia vió en forma sensible que dicha alma subía hacia el cielo, radiante de hermosura y de gloria.

14. No de otra suerte nosotros, cuando queramos obtener alguna cosa de Dios, ofrezcámosle á su Hijo amadísimo, con sus infinitos méritos, en el momento solemne de la Comunión, porque nada podrá entonces rehusarnos; pues por muchas y grandes que sean las gracias pedidas, aunque sea el mismo cielo, todas ellas son como nada en comparación de la ofrenda eucarística que de buena voluntad le hacemos.

Si después de haber comulgado, al retirarnos del templo, alguno nos dijera: «¿Qué lleváis á vuestra casa?» podríamos muy bien responder: «¡Llevo el cielo!» Al retirarnos de la Mesa santa, somos tan felices como lo habrían sido los Reyes Magos si después de ado-

rar al Niño Jesús, hubiesen podido llevarsele consigo. ¡Cuán grande debe ser nuestro agradecimiento!

Verdaderamente, todo cuanto agradezcamos y expresemos es poco, y por lo mismo conviene que, después de comulgar, repitamos una y muchas veces aquellas palabras del sacerdote en la Misa: *Quid retribuam Domino?* ¿Qué retribuiré al Señor por el don inefable que me ha hecho? Esto es, en substancia, lo que indica nuestro Catecismo, por aquellas palabras: *¿Qué debemos hacer después de la Comunión?*—*Dar á Dios despacio gracias y ofrecernos como muy obligados á sus servicios.* Resta ahora, para concluir, que digamos dos palabras sobre el respeto y veneración profunda que debe infundirnos tan augusto y soberano Sacramento.

§ III

DE LA REVERENCIA CON QUE SE HA DE RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

- 15.** Ejemplos de veneración. — **16.** Debemos imitar á Jesús sacramentado.
17. Resumen y conclusión.

15. Brevísimos habremos de ser en la declaración de este punto, pues es de suyo tan obvio, que casi no es necesario. Si en lo antiguo los betsamitas fueron exterminados sólo por haber mirado el Arca con irreverente curiosidad; si Oza quedó herido de muerte por haber puesto sobre la misma Arca una mano imprudente; si el ángel del Señor flageló á Heliodoro de una manera terrible porque fué osado á entrar en el templo de Jerusalén; si debían respetarse y venerarse aquellas cosas, que sólo eran sombras del Misterio eucarístico, ¿de qué santo respeto y veneración debemos hallarnos poseídos los cristianos en presencia del santísimo y divinísimo Sacramento del altar?

Si las Dominaciones adoran, si las Potestades tiemblan, si los Serafines se cubren con sus alas, si los Angeles se encuentran como arrobados en torno del tabernáculo, ¿qué habremos de hacer nosotros cuando venga á nuestros labios y á nuestro corazón la augusta é infinita majestad de Dios?

Es más: si la Bienaventurada Virgen María es justisimamente honorificada porque hospedó en su casto seno al divino Verbo encarnado; si el glorioso San Juan Bautista se estremeció ante la presencia de Jesucristo y no se atrevía á tocar su sagrada cabeza; si

el sepulcro, en el cual fué depositado por algún tiempo el cuerpo sacratísimo de Jesús fué, es y será siempre tan por extremada manera venerado, ¡cuánto más merecé serlo el Sacramento eucarístico, en el cual se ostenta, no ya el cuerpo de Jesucristo muerto, sino vivo, vencedor, santificador y glorificador, que viene misterioso á nuestras manos, á nuestra lengua, á nuestro pecho, á nuestra alma y á nuestro Corazón? Cuando estas cosas se consideran, casi no se acierta á comprender por qué no morimos todos de amor y de agradecimiento.

16. Es, pues, innegable que, al acercarnos á la sagrada Mesa, hemos de llevar impreso en todo nuestro ser un como sello piadoso de respeto y veneración profundísima, ya en los ojos, oídos, lengua, manos y pies, ya en el alma, en el espíritu y en todos nuestros afectos y sentimientos interiores. Debemos, en suma, imitar á Jesús sacramentado, que tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; pies, y no anda; manos, y no las mueve... ¡Qué recogimiento! ¡Qué veneración! ¡Qué silencio!

Debemos imitarle en la *transubstanciación*, transformando en lo posible todo nuestro ser, tornándonos, de carnales, espirituales; de orgullosos, iracundos y sensuales, humildes, mansos, dulces y castos; de hombres viejos, en nuevos, regenerados, según Jesucristo en justicia y en santidad verdadera.

Debemos imitarle en la *real presencia*; pues así como el divino Salvador se halla realmente presente en la Eucaristía, ofreciéndonos y dándonos por amor su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad, así nosotros, presentes en el convite eucarístico, también por amor hemos de ofrecer y dar á Jesús nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu, todo nuestro ser, á fin de que seamos enteramente suyos, como El se hace enteramente nuestro, y que todo redunde en su alabanza, honor, amor y gloria.

Debemos imitarle, no sólo en las perfectísimas virtudes de humildad, paciencia y mortificación de sentidos que en el Sacramento nos muestra, sino muy principalmente en su incorporación á los hombres para que todos formemos un solo cuerpo con El y en El. El que comulga debe considerar á todos los hombres en el corazón de Jesús y amarlos allí tiernamente.

Debemos imitar la inmensa caridad de Jesús sacramentado amando á todos los hombres, dándose á todos, uniéndose á todos, orando por todos y dando hasta su propia vida por todos, para que, como El desea y rogó á su Eterno Padre, seamos todos una sola cosa con El, y consumados en perpetua é indisoluble unidad.

17. Tales son las hermosas disposiciones que los cristianos hemos de procurar para acrecentar en nuestras almas el fruto de la Comunión sagrada. De Margarita de Hungría se refiere que, como preparación para comulgar, ayunaba el día antes á pan y agua, pasaba la noche entera en oración, y luego, habiendo comulgado, guardaba todo el día riguroso silencio. Si nosotros no podemos hacer tanto, hagamos menos, hagamos lo que podamos, pero siempre con el deseo de comulgar, como dice el Catecismo, *con devoción, humildad y reverencia.*

Célebre fué el caso de una pobre aldeana; comulgaba con frecuencia y con gran fervor, pero lamentábase de no saber comulgar bastante bien. «¿Por qué os lamentais?» le preguntaron un día, y ella respondió: «Porque no sé leer, pues si supiera ¡cuántas cosas buenas que hay en los libros diría yo al Señor!—¿Qué hacéis cuando comulgáis?—Nada, respondió ella, sino llorar.—Llorar ¿por qué?—Por mis pecados y por mi ignorancia.—¿Y no hacéis más?—Sí; pido al Señor la gracia de amarle, de ser buena y de ir al cielo; rezo los actos de fe, esperanza y caridad y contrición, y me encomiendo á la Virgen y al ángel de mi guarda.» ¡Qué hermosa preparación para comulgar! Aquella pobre mujer, en su humilde simplicidad y fervor, alababa mejor á Dios que mil otros que leen en muchos libros, pero sin acompañar la devoción y la piedad. Para comulgar bien basta tener corazón y saber amar.

En resumen, hay dos especies de disposiciones para recibir al Señor Sacramentado; una *necesaria*, otra *conveniente*; una *necesaria* para no cometer sacrilegio, otra *conveniente* para recibir frutos copiosísimos en nuestra alma: una *ordinaria*, indispensable á todo cristiano, otra *esmerada*, propia de las personas piadosas que frecuentan los Sacramentos. La necesaria consiste en el *estado de gracia y el ayuno natural*; la conveniente, en la *devoción, humildad y reverencia*, ó sea en la *fe viva, pureza de conciencia, deseos fervientes de comulgar, amor á Jesús sacramentado, temor saludable y confianza firme, acción de gracias y reverencia amorosa.*

Mucho deben ser procuradas estas disposiciones, pues el que recibe dignamente á Cristo, transfórmase como en otro Cristo; recibe á Dios y vive de Dios; su vida no es ya su vida, sino la de Cristo que vive en él; y todos cuantos comulgamos podemos decir con el Apóstol: *Vivo yo, no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Mi vivir es Cristo.* Así lo afirmó el mismo Jesús cuando dijo: *El que me come, vive por mí.* (Qui manducat me, et ipse vivet propter me.)

CAPÍTULO XXXIV

Efectos de la buena Comunión.

1. Objeto de este capítulo.—2. La buena Comunión restablece en su pureza primitiva el orden de la creación.

DESPUÉS de haber declarado las *disposiciones necesarias y convenientes* que el cristiano ha de llevar para recibir digna y fructuosamente la Sagrada Eucaristía y no poner obstáculos á la acción misteriosa, sobrenatural y divina del Dios escondido que viene á hospedarse y morar de asiento en nuestros corazones, exige el orden que consideremos los magníficos y sublimes *efectos* que una buena Comunión produce. Mas como dichos efectos son tantos y tales que no caben en humana inteligencia y faltan palabras para debidamente expresarlos, habremos de concretarnos sólo á indicar los más principales, ya en cuanto infunden en el hombre toda suerte de bienes, ya en cuanto le apartan y preservan de todos los males (1).

2. Primeramente, es muy digno de reparo que una Comunión bien hecha surte efectos generales *en la creación entera*, restableciéndola en su primitiva pureza y elevándola hasta el Dios de la creación. No es hipérbole esta afirmación, porque si el designio de Dios al crear el universo fué que narrara su gloria, ó, lo que es lo mismo, que todas las criaturas entonasen un himno perpetuo de alabanza y reconocimiento á su bondad y majestad soberanas, esto se realiza cumplidamente en la comunión de un alma buena. A los ojos del mundo dirán que no hace nada, pero á los ojos de la fe lo hace todo.

Con efecto: el mundo es á la manera de un templo grandioso

(1) Así lo recomienda el Catecismo del Santo Concilio de Trento, parte II, capítulo IV, n. 4.

que Dios ha edificado para su servicio. El hombre es el pontífice de ese templo, porque si todas las criaturas contribuyen á su vida, desarrollo y conservación, es como diciendo: «Nosotras te servimos á ti por orden de Dios; tú vas á servir á Dios por ti y por nosotras. Nuestro oficio es prestarte homenaje continuo, pero es con el fin de que tú rindas continuo homenaje al Señor, en nombre nuestro y en el tuyo.»

De este modo el hombre en el estado de inocencia atraía á sí mismo la creación entera; es decir, todo estaba á su servicio, todo contribuía á su desarrollo y perfección, y en este concepto todo se hallaba unido y como absorbido en su propio ser. Pero como además dicho hombre inocente se ofrecía á sí mismo á Dios, no se puede dudar que en esto elevaba hasta el Supremo Hacedor toda la creación, ó, lo que es lo mismo, subía perpetuamente á la divina Majestad un homenaje general de sumisión, de reconocimiento y de amor. ¡Magnífico encadenamiento! Todo venía de Dios, y todo se encaminaba á Dios, narrando su bondad y su gloria. La vida, producto del amor divino, descendía de Dios á sus criaturas, y éstas, compendiadas y como refundidas en el hombre, se elevaban á Dios, mediante el mismo hombre, único ser terreno capaz de conocerle y amarle.

Ahora bien; el fin y la armonía de la creación fueron destruidos por el pecado del hombre; mas ¡bendito sea el Señor! el Verbo divino descendió á la tierra para restablecerlos, y mediante la Encarnación se unió á la humanidad, la purificó, la divinizó, permitiéndola unirse á su misma divinidad. Con esto quedó ya restaurada la humanidad en general; mas la bondad divina pasó más adelante, y valiéndose de la Eucaristía, restauró también á cada uno de los individuos en particular. ¿De qué manera? Dándose en alimento al hombre en el manjar eucarístico. Es decir, que para que la restauración del universo fuese más completa, el Verbo divino hizo una como segunda encarnación, bajo las apariencias de pan y vino, dándose en alimento al hombre y quedando así restablecida en toda su plenitud la armonía primitiva de homenaje y de reconocimiento al Dios de la creación.

Mas dejando aparte este efecto general del convite eucarístico, discurremos algo sobre los efectos particulares que la Comunión sagrada obra en los fieles cristianos, ora colmándolos de bienes, ora preservándoles de males, y al efecto declaremos dos cosas:

1.^a Que la buena Comunión une al hombre con Dios.

2.^a Que le colma de grandeza, paz y felicidad.